

Laura Sancho Rocher (coord.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, 336 págs.

Otra forma de escribir la Historia (Antigua)*

Que hay otras formas de escribir la historia es algo evidente, que se comprueba cada día.¹ Aunque quedan ya lejos y anticuadas las “recetas” de P. Veyne,² no resulta fácil innovar en historiografía ni tampoco desprenderse de las a menudo rígidas “formas” que propone –si no impone– el vigente academicismo historiográfico. Acostumbrados a trabajar con los documentos o las fuentes de la época, a los historiadores no les suele resultar fácil elaborar un “discurso apragmático”,³ construido sobre la base de modelos, categorías analíticas, problemáticas, hipótesis y teorías, leyes o metalenguajes que escapen al discurso historiográfico tradicional.

En una conocida monografía sobre “las nuevas perspectivas de escribir la historia” de un no menos conocido historiador británico,⁴ P. Burke planteaba una serie de cuestiones que todavía, veinte años después, permanecen en gran medida sin resolver: “¿Qué eso que se ha llamado nueva historia? ¿Hasta qué punto es nueva? ¿Es una moda pasajera o una tendencia a largo plazo? ¿Sustituirá –por voluntad o por fuerza– a la historia tradicional o podrán coexistir en paz ambas rivales?”⁵

Pero lo cierto es que ninguna de las once contribuciones allí incluidas se refería expresamente a la historia de la Antigüedad, ni siquiera la denominada “Historia oral” (contemporánea), en la que tan solo es mencionada en apenas veinte líneas.⁶ Este aislamiento tradicional de los estudios sobre el mundo clásico en el campo de la historiografía no es nuevo y ha sido denunciado en varias ocasiones.⁷ Sin embargo, la obra que hoy nos ocupa permite, de un lado, responder a algunas de aquellas preguntas con argumentos sólidos, y, de otro lado, demostrar que el discurso historiográfico actual sobre la Antigüedad se construye también de un modo similar a como lo hacen otras disciplinas historiográficas.

* En notas, aparte de los títulos y extensión de las respectivas contribuciones, solo se incluyen referencias no citadas en la amplia bibliografía que se recoge al final de cada contribución.

¹ Quizá el mayor mérito de aquel trasnochado libro fue precisamente su título: P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire? Essai d'épistémologie* (Seuil: París, 1971; reimpr. en castellano, Fragua: Madrid, 1972).

² *Ibid.*,: “la historia no tiene método” (pág. 22); “la historia es conocimiento mutilado” (pág. 24); “la historia no existe” (pág. 26); “la historia no explica” (pág. 117); “no es ciencia” (págs. 215 y 313). Como contrapunto se puede comparar esta concepción rigorista de la historia con las propuestas abiertas del *Centre for Contemporary Cultural Studies* de la Universidad de Birmingham: R. Johnson y otros (eds.), *Making Histories. Studies in history-writing and politics* (Hutchinson: Londres, 1982).

³ Siguiendo la terminología de J. Topolsky, *Metodología de la historia* (Cátedra: Madrid, 1982), 38-41.

⁴ El título original de la obra es P. Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writings* (Cambridge: Polity, 1991), pero la traducción de la edición española fue *Formas de hacer historia* (Alianza: Madrid, 1993).

⁵ *Ibid.*, 12.

⁶ G. Prins, “Historia oral”, en P. Burke, *New Perspectives*, 156-7, aludiendo a la *Ilíada* y la *Odisea* homéricas.

⁷ R. MacMullen, “History in Classics”, en *Changes in the Roman Empire. Essays in the Ordinary* (Princeton University Press: Princeton, 1990), 25 y ss.

Hay, pues, otras formas de escribir la historia (antigua), siempre que se haga con rigor y que se genere nuevo conocimiento sobre el pasado. Pero si hay algo que caracterice a la historiografía reciente –y también a la de la Antigüedad– es la revisión de teorías, interpretaciones y explicaciones históricas a la luz de nuevos testimonios (documentales o materiales) o, en su defecto, mediante la re-interpretación de los existentes, tendencia que se conoce ahora como “repensar la historia”.⁸ En cualquier caso, la “revisión” debe alumbrar nuevos conocimientos y no ser solo una mera descripción de contenidos ni un mero “estado de la cuestión”. Se trataría, por tanto, de generar un nuevo conocimiento –y no sólo añadir “más” a lo ya conocido–, ya sea radicalmente nuevo, ya sea porque modifique esencialmente el anterior. En este último caso, suele tratarse de una re-lectura de los documentos o testimonios conocidos, decodificándolos, depurándolos de la carga ideológica o desenmascarando la interpretación sesgada que se haya hecho de ellos.

Otra observación importante para entender la peculiar naturaleza de esta obra tiene que ver con el concepto de historiografía, entendida *sensu stricto* como “análisis de lo escrito sobre la historia”.⁹ Pero la Historia –y la Historia Antigua también– no es solo memoria, aunque se nutra básicamente de ella; no debe confundirse con el mito, al que a menudo tiende idealizando situaciones reales; y, desde luego, no es ficción, porque, simplemente, no sería historia sino leyenda. Pero tampoco sería historia (de la Antigüedad), propiamente dicha, sino historiografía, el análisis de las circunstancias (del presente) que propician una determinada reconstrucción de los hechos del pasado, bien como manipulación ideológica del pasado (antiguo), bien como justificación de una construcción política o social moderna o contemporánea, sea un estado, un régimen político o una conducta, un patrón de comportamiento o una determinada concepción del mundo (“*Weltanschauung*”), incluso. El tema, sin ser novedoso, remite a una vertiente poco frecuentada todavía por la historiografía tradicional, más ligada generalmente a establecer hechos que a comprenderlos o, en su caso, a explicarlos desde nuevas perspectivas. Sin embargo, en esta nueva dimensión historiográfica se corre siempre el riesgo de “escribir” más sobre el presente justificado que sobre el pasado referenciado, y, en consecuencia, resulta difícil modificar por esta vía nuestro conocimiento sobre la Antigüedad.

Los trabajos aquí publicados han sido escritos (*scripta manent*)¹⁰ por especialistas de sus respectivos campos de investigación, lo que sin duda es ya *a priori* una garantía de éxito, aunque, ante una obra colectiva de este tipo, resulta inevitable observar la gran diversidad de contenidos, de extensión, profundidad y calidad de las distintas contribuciones, si bien todas ellas tienen un elemento común: demostrar el uso, generalmente ilegítimo, de una realidad antigua distorsionada deliberadamente para servir como modelo o contra-modelo de las construcciones políticas, culturales e ideológicas del presente, sea este el siglo XVIII, el XIX, XX o XXI, lo que se ha

⁸ Ver K. Jenkins, *Re-thinking history* (Routledge: Londres, 1991); en la misma línea J.P. Toner, *Rethinking Roman History* (The Oelander Press: Cambridge, 2002).

⁹ En el sentido momigliano de “historia de la historia (escrita)” o *Geschichte der Geschichtsschreibung*; sobre las diversas acepciones del término reenviamos a nuestra “Introducción” a la edición de la obra de S. Montero Díaz, *Estudios sobre pensamiento antiguo e historiografía* (Dilagro: Lleida, 1988), 7-26; en cambio J. Aróstegui, *La investigación histórica. Teoría y método* (Crítica: Barcelona, 1995), 89 ss., reservaba este término para identificar a la “ciencia histórica” como ciencia social.

¹⁰ Se da la circunstancia de que las contribuciones (más una) aquí publicadas se corresponden con las conferencias presentadas en un Curso de Jaca (Huesca) sobre el mismo tema, en el verano de 2013.

denominado “prefiguración” de lo antiguo, como veremos. Por ello, como se indica expresamente en el Prólogo de la obra, el objetivo primordial aquí no es reconstruir la historia sino valorar la “utilidad” de la historia (antigua), que se ha puesto en entredicho en varias ocasiones¹¹ y, en concreto, sopesar hasta qué punto los modelos aportados por el mundo clásico grecorromano fueron los verdaderos referentes históricos de las construcciones políticas e ideológicas de los estados europeos modernos en general y de los Estados Unidos, en particular.

Las diez contribuciones están distribuidas en tres secciones, siguiendo un orden cronológico: (1) La Antigüedad vista en los “arquetipos” de los siglos XVIII y XIX; (2) La Antigüedad vista desde las “quimeras” del siglo XX; y (3) La Antigüedad vista desde los “esencialismos” del mundo Reciente. No obstante, al hilo del obligado resumen de contenidos, cabe hacer algunas reflexiones que, a modo de balance, pueden ser útiles para este tipo de estudios e investigaciones en el futuro.

Los Arquetipos

Historia y política están estrechamente unidas, especialmente en épocas tempranas, cuando las fuentes principales, generalmente narrativas, se refieren sobre todo a las elites sociales asociadas a menudo con el grado de responsabilidad política. Esparta y Atenas ofrecen a los historiadores de la Antigüedad –y no sólo a ellos– modelos de organización política y social que han sido utilizados con frecuencia en la historiografía –y fuera de ella– como referencias históricas legitimadoras.

El modelo espartano es el arquetipo elegido por C. Fornis para probar la deformación deliberada de la historia griega (Esparta vs. Atenas) llevada a cabo por algunos pensadores de la Ilustración, generando una especie de paradigma sobre una Esparta austera, militarizada e inculta, que ha pervivido desde el siglo XVIII hasta nuestros días.¹² Pero ya Rousseau se rebeló contra esta imagen negativa e hizo a los espartanos depositarios de todas las virtudes políticas de las que carecían sus contemporáneos (pág. 36). Además, el modelo social espartano conlleva un régimen de propiedad comunal que hace “iguales” a los espartiatas –*homoioi*– (pág. 22), con una educación unitaria y una disciplina compartida por todos y que generaba “excelentes ciudadanos” para el Estado, el “mito espartano de la Ilustración” (pág. 47). En suma, el autor (en adelante el A.) propone una Esparta como modelo y otra como contra-modelo, que ilustran claramente el relato en gran medida distorsionado y siempre idealizado de aquellos intelectuales europeos.

Frente a la Esparta de los Ilustrados franceses, la Atenas de los liberales británicos, simbolizada en la obra de G. Grote por L. Sancho.¹³ En el siglo XIX la historiografía era ante todo una práctica intelectual –y aún en el XX–, que con frecuencia iba ligada a la responsabilidad política.¹⁴ Con textos extraídos de la

¹¹ Pero este libro es una prueba evidente de lo contrario, véanse las palabras de L. Sancho en este libro: “La Historia es –debe ser– útil; pero el provecho que de ella se ha de extraer no es el adoctrinamiento, sino la enseñanza a través del análisis crítico” (pág. 11), o “creemos en la utilidad social de la historia como instrumento para comprender la realidad” (pág. 16).

¹² C. Fornis, “Esparta como modelo y contra-modelo en la Ilustración”, en el presente libro reseñado (págs. 21-57).

¹³ “La *Historia de Grecia* de Georges Grote y la Atenas de los liberales” (págs. 87-119).

¹⁴ Ver R. Johnson y otros, *Making Histories*, 8.

monumental *History of Greece* (1846) del historiador, político y financiero británico, la autora (en adelante la A.) va construyendo el tema central de su tesis: demostrar “el interés por legitimar en experiencias pasadas las aspiraciones contemporáneas” (pág. 89). Además, destaca el hecho de que a Grote se deben aportes historiográficos aún vigentes, como la instauración de la democracia clisteneana (507 a. C.) –y no soloniana (594 a. C.)– (pág. 101) y la supuesta corrupción moral de la sociedad ateniense del siglo V a. C (pág. 110), debida a la influencia de los sofistas. No obstante, dos elementos serán claves en el proceso de construcción de la democracia ateniense: la *isegoría* (o “igualdad de palabra”), que dio participación política a todos los ciudadanos (pág. 102), y los controles judiciales frente a eventuales abusos de poder (pág. 116).

Pero los modelos griegos traspasaron fronteras e inspiraron también en gran medida la configuración de la Constitución americana de fines del XVIII, como lo prueba el trabajo de Cl. Martínez Maza.¹⁵ La experiencia histórica griega de la organización y funcionamiento de las Ligas del siglo IV a. C. inspiró a la primera generación de políticos americanos en la construcción de un Estado federal sobre la base del “óptimo paradigma” (pág. 61), el modelo griego. En efecto, a los ojos de los redactores de la Constitución de los EE. UU. (Adams, Hamilton, Jefferson, entre otros), Grecia ofrecía un modelo institucional que, con matizaciones y adaptaciones, podía extrapolarse a la situación americana veinte siglos después. Pero no hay que olvidar que la “prefiguración” romana fue también un elemento clave de esta peculiar construcción política.¹⁶

Finalmente, esta sección se cierra con un capítulo dedicado a Pompeya, presentado por M. Romero Recio.¹⁷ Partiendo de la indiscutida celebridad de Pompeya, se propone que su impacto en la literatura y el arte desde el Romanticismo europeo se debe a una extraña mezcla entre realidad y ficción, que apenas permite separar la imaginación popular de los resultados del registro arqueológico, habida cuenta de la restauración realista de los cuerpos, realizada por el arqueólogo italiano G. Fiorelli hacia 1870, mediante inyección de escayola en el hueco formado entre la base esquelética y las siluetas grabadas en las cenizas producidas por la capa de lava (pág. 129). No obstante, a la luz de estudios recientes, la A. pone al día los hechos relacionados con la conocida erupción del Vesubio rechazando algunos tópicos: que no ocurrió en agosto sino en octubre o noviembre (pág. 122), y que no fue repentina, como se describe en las novelas, sino que duró al menos 19 horas, según se desprende del relato de Plinio el Viejo, testigo y víctima del acontecimiento (pág. 122). Además, la celebridad de Pompeya, como otros hechos del mundo romano, no es debida tanto a los arqueólogos e historiadores como a la popularidad de una conocida novela (pág. 123).¹⁸

¹⁵ “El legado confederal griego en la Constitución de los EE. UU.” (págs. 59-85).

¹⁶ Ver M.D. García de Quevedo Rama, “La antigua Roma y la ideología de la revolución norteamericana”, *Gerión*, vol. 23, 1 (2005): 329-43. Se aborda aquí principalmente el papel desempeñado por políticos como George Washington y Thomas Jefferson, en cuanto intérpretes de las fuentes e ideas romanas sobre la dictadura y la democracia y como fundamento de las instituciones americanas; prefiguraciones: *Ibid.*, especialmente página 331.

¹⁷ “Los mitos de Pompeya: arqueología y fantasía” (págs. 121-34).

¹⁸ E.G. Bulwer-Lytton, *Los últimos días de Pompeya*, con numerosas ediciones, desde su publicación en 1834, “ha sido la obra que más ha influido en la imagen de esta ciudad” (*Ibid.*, pág. 123); un fenómeno similar ocurre con la llamada “Roma de Nerón”, divulgada sobre todo por la novela polaca (1895) de H. Sienkiewicz, *Quo vadis?* (Aguilar: Madrid, 1967), con numerosas ediciones y traducciones, de indudable influencia en la historiografía.

Las Quimeras

La Historia y, si cabe, la Historia Antigua aun más, ha sido utilizada a menudo con fines políticos, mitificada en un sentido u otro al servicio de una ideología que poco o nada tiene que ver con la realidad del *exemplum* propuesto como modelo.

De la utilización del modelo romano por el fascismo trata la contribución de A. Duplá.¹⁹ El A. parte de la tesis de que los fascismos de finales del siglo XIX y comienzos del XX se alinean entre los movimientos políticos contemporáneos, cuyo objetivo básico era implantarse frente a la supuesta democracia de las élites y el miedo a las masas populares revolucionarias (pág. 138). Esta mal llamada “revolución conservadora” ha sido objeto de revisión crítica, debida sobre todo a la historiografía marxista, que ha puesto de manifiesto la incongruencia de hablar de “una revolución sin revolucionarios” (pág. 140). Al hilo de la amplia obra de L. Canfora, el A. revisa las diversas formas de ideología fascista que tienen como contra-modelo las experiencias históricas paralelas del mundo clásico: democracia, imperio, mentalidad antigua. Pero resulta exagerada la crítica a los avances prosopográficos adscribiéndolos casi exclusivamente a los estudios sobre “las grandes individualidades” (pág. 145), porque, como es sabido, no es menor la contribución prosopográfica sobre las masas o grupos no acomodados de la población.²⁰ Más afortunada es la afirmación de que Mussolini era “antisocialista y anticomunista” (pág. 150) y que la *romanità* fue el modelo ideológico en el que se inspiró el fascismo italiano, reivindicado por Mussolini y sus seguidores frente a la tradición germánica y anglosajona (pág. 149). Aun así, resulta discutible que el veinteno fascista y el nazismo alemán sean, en realidad “los auténticos herederos de los antiguos romanos” (pág. 157) o, al menos, aquí no se demuestra.

Completando en cierto modo el discurso ideológico anterior, resulta relevante la aportación de S. Mas.²¹ El A. desenmascara aquí el recurso de la historiografía nacionalsocialista a los modelos del mundo clásico y, en particular, de Roma, a la que el *Führer* consideraba “la mejor maestra de todos los tiempos” (pág. 161). Este interés por la Antigüedad romana sólo pretendía legitimar los regímenes autoritarios (mussoliniano y hitleriano) de comienzos del siglo XX. No obstante, es indudable que la construcción del *Reich* alemán se inspiró en la del Imperio Romano, del que se consideraba “digno continuador” (pág. 171). Pero los modelos elegidos fueron sólo los referidos a los grandes personajes (Catón, César, Virgilio, Augusto) y no los de la *plebs* republicana de la misma época (pág. 165).

La historiografía no analiza solo el pasado, sino también y ante todo la relación entre pasado y presente, de tal modo que el conocimiento del pasado nos ayuda a comprender mejor la compleja realidad del presente.²² Con un discurso más político que histórico, P. López Barja, al amparo también de los recursos que hoy ofrece Internet, analiza la influencia del grupo de los straussianos y los intelectuales neoconservadores

¹⁹ “La Roma del fascismo” (págs. 137-60).

²⁰ Por citar sólo algunos ejemplos: Boulvert, G., *Esclaves et affranchis impériaux sous le haut-empire romain: rôle politique et administrative* (Nápoles, 1970), y A.R. Birley, *The People of Roman Britain*, (University of California Press: Berkeley and Los Angeles, 1979); y también a través de la epigrafía funeraria: P. Huttunen, *The Social Strata in the imperial City of Rome: a quantitative study of the social representation in the epitaphs published in the CIL VI* (Oulu, 1974).

²¹ “Roma nacionalsocialista” (págs. 161-86).

²² Ver R. Johnson y otros, *Making Histories*, 10.

(los llamados *neocon*) en la actual política americana.²³ Ambos grupos, en realidad seguidores de las teorías sostenidas por el filósofo Leo Strauss a mediados del siglo pasado, recurren a menudo a la filosofía antigua como “paradigma” en su crítica contra el liberalismo y el multiculturalismo (pág. 196) para reafirmar la supuesta supremacía de la civilización occidental. Pero este argumento, ilustrado con numerosos textos, sirve al A. para demostrar que las construcciones políticas y culturales americanas están inspiradas en modelos romanos. Sin embargo, se propone el modelo griego de Tucídides sobre las causas de la Guerra del Peloponeso para justificar por “honor” (pág. 202) –y no tanto por miedo o beneficio– las guerras recientes de los americanos, como la de Iraq de 2003 (pág. 201), en un claro ejemplo de distorsión del texto del historiador griego.

Los Esencialismos

A los llamados aquí “esencialismos” se dedican tres contribuciones.

La primera corresponde a F. Wulff.²⁴ El A. indaga acerca de las razones por las que tanto el colonialismo británico como el nacionalismo hindú rechazaron supuestamente los modelos grecorromanos como influencias contaminantes, argumento que, según el A., se ha convertido en “paradigma dominante” también de la historiografía (pág. 224). Pero este paradigma se basa en un supuesto falso: que la cultura india fue refractaria a las influencias exteriores –incluidas las del mundo clásico–, debido al pretendido perfil esencialista de signos identitarios de la cultura india antigua, fijado sin reservas por el pensamiento occidentalista europeo, que pretendía legitimar su dominación como solución a un “conflicto de identidades” (pág. 236). Pero lo cierto es que en la cultura de la India antigua hay presencia grecorromana, bien atestiguada y documentada (pág. 226), cuya evidencia no puede ser negada, aunque en la historiografía occidental se ha tendido –y se sigue tendiendo– a convertir en “paradigma dominante” una perspectiva claramente reduccionista, empeñada en ignorar la evidencia.

La segunda contribución, incluida de forma un tanto aleatoria entre los esencialismos, es de G. Fontana, referida al (mal) uso de documentos del cristianismo primitivo por un sector de la teología contemporánea.²⁵ La tesis que aquí se analiza es si el “silencio” de las mujeres en el ámbito religioso cristiano es un hecho fortuito, propio de la mentalidad de la época, o inducido. El A. denuncia la supuesta misoginia esgrimida por la historiografía feminista que, al amparo de una lectura sesgada de los textos canónicos de la literatura cristiana, ha forjado pasados inexistentes como “el argumentario destinado a consolidar sus pretensiones de construir una nueva posición de la mujer en las iglesias contemporáneas” (pág. 252). En realidad, una vez más se trata de dos discursos distintos: el de la historia y el del mito (pág. 255). El primero, que está basado en la exégesis de la interpretación textual, se ha mantenido durante dos milenios; el segundo, en cambio, basado en un supuesto mensaje –subliminal, apostillamos– de los “mismos” textos, solo está vigente en la mente de aquellas –mujeres, en su mayoría (pág. 250)– teólogas que lo sostienen. Dicho de otro modo, los

²³ “Leo Strauss y la Antigüedad neocon” (págs. 187-210).

²⁴ “Cuando Hércules le espantaba las moscas a Buda. Negando el mundo grecorromano en la India” (págs. 213-247).

²⁵ “Mujeres en el cristianismo primitivo: entre la historia y el mito feminista contemporáneo” (págs. 249-98).

textos del cristianismo primitivo, de carácter esencialmente simbólico, se corresponden con el ámbito del mito, aunque la tradición los convirtiera de hecho en un relato historizante (pág. 261). Pero este argumento, que es verosímil en términos historiográficos, es radicalmente distinto al de la supuesta “conspiración masculina” (pág. 263), esgrimida por las feministas para reivindicar el papel relevante de la mujer como respuesta contra el modelo patriarcal de la época. Desde esta perspectiva, estas mujeres serían marginadas, condenadas al “silencio” y a la invisibilidad (pág. 273)²⁶ y, en consecuencia, quedarían fuera del “discurso del poder” (pág. 275). Pero el discurso teológico, por más razonable y lógico que se pretenda, no es el discurso histórico, puesto que este no se basa en especulaciones (pág. 291), sino que se rige por reglas, métodos y documentos interpretados con cierta objetividad.

La tercera y última contribución de S. Alfayé denuncia las imposturas célticas contemporáneas como signos supuestamente identitarios tendentes a justificar los orígenes de determinados pueblos o culturas.²⁷ Esta cuestión plantea un interesante problema epistemológico –no tratado aquí– asociado a este (mal) uso de la Antigüedad: ¿qué es primero la mitología o la historia? En la historiografía tradicional el *mythos* precede al *logos*, que conforma el tiempo *historicum*.²⁸ Pero la pregunta sigue siendo, si es concebible la existencia del mito “antes” de la historia o si, más bien, la mitología debe considerarse como un simple subproducto histórico, una ficción creada expresamente para justificar –y, en su caso, explicar– un determinado tipo de sociedad.²⁹ En este último supuesto, se trataría de una ficción sobre un pasado que, en realidad, nunca existió (pág. 300). No obstante, con frecuencia se construyen “tradiciones, identidades y etnicidades célticas inventadas, como nexos imaginarios basados en un idealizado y falso paradigma céltico” (pág. 310). En definitiva, una historia atemporal y al margen del documento o testimonio histórico es pura ideología, cuyo único objetivo es servir de modelo a la situación que se pretende legitimar. Pero “lo céltico” es ante todo una “alteridad” ante la “degenerada” forma de vida romana (pág. 302). En cualquier caso, estos usos revelan una visión idealizada de la “celticidad antigua” (pág. 315), asociada a creencias ancestrales y prácticas rituales de corte neopagano, a druidas y megalitos (pág. 311), que se mantiene vigente en la actualidad.

En definitiva, tras la lectura crítica de esta obra, el balance es altamente positivo y demuestra una vez más que hay otras formas de escribir/hacer historia (antigua), que hay otros “universos” historiográficos al margen de las limitaciones que impone el academicismo dominante. En fin, una obra de referencia para historiadores y estudiantes no familiarizados todavía con los “nuevos” discursos historiográficos. Finalmente, aunque se nota que la edición está cuidada y ha sido revisada, es inevitable que haya

²⁶ Siempre conviene recurrir a las agudas reflexiones al respecto de M. Finley, “Las silenciosas mujeres de Roma”, en *Aspectos de la Antigüedad. Descubrimientos y disputas* (Ariel: Barcelona, 1975), 170-87, especialmente en pp. 183 y ss., referidas al relevante papel femenino en la actividad religiosa.

²⁷ “Imposturas célticas: celtismo, estereotipos salvajes, druidas, megalitos y melancolías neoceltas” (págs. 299-327).

²⁸ Sobre todo ello siguen siendo útiles las reflexiones de S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, vol. 2 (Laterza: Bari, 1983), 473 y ss., a propósito de la clasificación tripartita de Varrón.

²⁹ En este sentido, siempre conviene tener presentes las propuestas metodológicas sobre los mitos, de J. C. Bermejo, “Los mitos griegos y la Hispania antigua: consideraciones metodológicas”, *Espacio, Tiempo y Forma*, ser. II, 4 (1991): 85-106.

algunos términos o expresiones corregibles, que quizá por excesivo purismo empañan a veces la alta calidad general de los textos.³⁰

Gonzalo Bravo Castañeda

Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid

gbravo@ucm.es

Fecha de recepción: 11 de marzo de 2016.

Fecha de aceptación: 26 de marzo de 2016.

Publicación: 30 de junio de 2016.

Para citar este artículo: Gonzalo Bravo Castañeda, “Otra forma de escribir la Historia (Antigua). Reseña de Laura Sancho Rocher (coord.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, 336 págs.”, *Historiografías*, 11 (enero-junio, 2016): pp. 137-144.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/11/bravo.pdf>

³⁰ Aunque las erratas no son muchas, algunas incorrecciones o inexactitudes convendría que fueran corregidas quizá en próximas ediciones: hay términos que no aparecen recogidos en el Diccionario de la RAE: misohelena (pág. 52); publicitable (pág. 227); exotizar (pág. 241); embarazadas (pág. 255); fundante (pág. 306); paraciencia (pág. 308); panglossianamente (pág. 319); hay también algunas expresiones forzadas, que convendría revisar: “donde se lee una curiosa lectura” (pág. 168); “que haya dos movimientos más que paralelos” (pág. 234); otras son, claramente, incorrecciones: “tuviese la genial ideal [por idea] de” (pág. 129); “Etiopia” [por Etiopía] (pág. 147); “*orbis terrarium* [por *terrarium*] (pág. 172); “así entendida” [por entendida] (pág. 231); “Hemos visto también como [por cómo] este modelo” (pág. 239); “tiempos...percibidos panglossianamente” [por, en todo caso, “de forma panglossiana”] (pág. 319); “y étnicas” [por etnias] (pág. 320).